



Rafel Nadal

La maldición de los Palmisano



La maldición de los Palmisano

Rafel
Nadal

Traducción de
Ricard Vela

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1340

Título original: *La maledicció dels Palmisano*

© Rafel Nadal i Farreras, 2015

Publicado por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

© de la traducción del catalán, Ricard Vela.

© del mapa, Carles Salom.

ISBN: 978-84-233-4975-3

Depósito legal: B. 17.235-2015

Impreso por Cayfosa

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Prólogo. 24 de agosto de 2012. Mediodía	11
Primera parte. <i>La maledizione</i>	17
La Gran Guerra	19
El último Palmisano	37
Segunda parte. El jardín de las flores blancas	47
La casa de las viudas	49
La <i>Zia</i>	55
Los cuatro evangelistas	61
De madre a madre	63
La comida de los muertos	71
En el <i>Palazzo</i>	75
El mes de las flores	81
Los mandamientos de la familia	87
La <i>masseria</i>	91
Soldados de Jesús	99
Tierra roja	107
En la cama	111
Tercera parte. Pendientes de cerezas	113
Dieciséis años	115
El padre Felice	123
Pelea de gallos	127
El segundo verano en la <i>masseria</i>	135
El mercado de Altamura	141

El fin del verano	147
En el Cinema Comunale	153
La paliza	157
El círculo de los señores	161
Vientos del sur	171
La indiscreción	177
Carta desde España	183
En la frontera francesa	187
Rumores de guerra	191
Cuarta parte. Lluvia de estrellas sobre Matera	193
El desertor	195
Campanadas a muertos	199
La confesión	207
Roosevelt	213
El inglés	217
El comunicado	223
<i>Viva la libertà!</i>	227
Un agosto eterno	231
Una ceremonia desconcertante	233
Británicos en Tarento	243
El reencuentro	247
En el río	251
Lluvia de estrellas	259
La liberación de matera	265
El rastro del terror	267
La cacería	275
Primo Carnera	281
En las montañas	285
Las armas del doctor Saroni	289
Quinta parte. El bombardeo de Bari	297
El espejo del bar	299
El ataque de la Luftwaffe	305
Resplandor en la ventana	311
Una ciudad aterrada	313
El secreto de Bitonto	319

Peste a ajo	325
El corazón de los Palmisano	333
La caja de galletas	335
Los patos en el estanque	345
Tiroteo en la Piazza Garibaldi	351
En la cripta	357
El cerezo	363
Epílogo. 24 de agosto de 2012, atardecer	369
Nota del autor	373
Agradecimientos	375

La Gran Guerra

El primero en morir fue Giuseppe Oronzo Palmisano (1), el más belicista de todos y el que llevaba más tiempo preparándose por si la patria lo reclamaba. Cayó el 23 de mayo de 1915, el mismo día en que Italia le había declarado la guerra a Austria y se había incorporado a la coalición aliada de la Primera Guerra Mundial. El pobre Giuseppe Oronzo siempre había defendido que la lucha en el frente era una gran oportunidad que enseñaba a disciplinarse, robustecía el carácter y permitía canalizar adecuadamente el exceso de energía de los más jóvenes. Estaba convencido de que el campo de batalla era el único lugar donde la fuerza bruta se ejercía de manera natural y ordenada. Como un arte noble, solía decir.

Giuseppe Oronzo era leal y cumplidor. Su problema era que siempre estaba preparado para resolver las diferencias a bofetadas. Pero, a pesar de esta tendencia espontánea a la violencia, no era del todo un mal chico. Fue el primer Palmisano que corrió a alistarse y que consiguió que lo admitieran en un cuerpo de voluntarios, todo un honor para alguien que venía de un pueblo como Bellorotondo. Poco tiempo después fue el primero en marcharse al frente del Carso, en el noreste de Italia, y el primero en entrar en combate. También fue el primero de su destacamento en salir de la trinchera para atacar las posiciones austríacas. Y, cómo no, el primero en recibir una bala de fusil en el pecho, justo en el esternón. Cuando

notó el impacto, similar al ruido de dos piezas metálicas al chocar, seguido de un ardor muy desagradable, pensó que la bala sólo le había rozado los botones de la guerrera e intentó seguir avanzando. Las piernas no le respondieron, se le doblaron en seco y Giuseppe Oronzo cayó fulminado. Cuando los austríacos desbordaron la trinchera, un cabo de bigote retorcido le pasó por encima y le clavó la bayoneta en el corazón, pero al pobre ya no le dolió; hacía rato que la vida se le había escapado. El primer Palmisano murió con el falso honor de ser uno de los primeros italianos caídos en combate, precisamente el primer día de guerra en el frente austríaco. Aquel verano habría cumplido veintidós años.

Donato fu Francesco Paolo (2) fue el segundo en caer. Era el más miedoso de la familia y lo habría dado todo para evitar la movilización. Ni siquiera tuvo tiempo de experimentar todos los horrores de las trincheras: murió también en el frente del Carso, a finales del verano, víctima de la explosión de un obús de la artillería que defendía la ciudad fronteriza de Gorizia. A los pocos días murió Silvestro (3), cosido a tiros por las nuevas ametralladoras austríacas que en octubre de 1915 hacían estragos entre las tropas que asaltaban sin éxito el cerro de Santa Lucia, en la frontera noreste de Italia. Instalados en unos observatorios alejados de la primera línea de fuego, los oficiales italianos tomaban té en tazas de porcelana, servidos por auxiliares enguantados, y desde allí ordenaban las sucesivas cargas de las tropas al asalto de la montaña. Hasta que incluso el jefe supremo de todos los ejércitos italianos, el general Luigi Cadorna, acabó por comprender la inutilidad de la masacre y dio la ofensiva por terminada. Así llegó a su fin la tercera batalla del Isonzo, un río encajonado entre montañas magníficas, muy cerca de la frontera con el Imperio austrohúngaro, del que en Bellorotondo no habían oído hablar hasta ese día.

Los gemelos tuvieron la muerte más horrorosa de todas. Cuando eran pequeños, Gianbattista Di Martino Palmisano (4) y Nicola Di Martino Palmisano (5) no soportaban que los vistieran igual. Se desesperaban cuando las mujeres del pueblo los paraban por la calle para hacerles mimos y elogiar en voz alta el gusto que daba verlos, «tan monos, idénticos como dos gotas de agua».

Hartos de esas efusiones exageradas, un buen día decidieron separarse y ya no dejaron que les vistieran con ropas idénticas nunca más. Dejaron de ir juntos al colegio. Nunca salían de casa a la misma hora. Ya no jugaban juntos en el patio. Si algún día de fiesta la familia iba de paseo por la Via Cavour, en el centro de Bellorotondo, se las ingeniaban para caminar separados, cada uno por una acera. Cuando fueron más mayores, hicieron todo lo posible para diferenciarse físicamente: Gianbattista se dejó bigote y Nicola optó por una perilla; uno se peinaba con la raya a la derecha y el otro al revés. Al empezar a cortejar a las primeras chicas, a Gianbattista le gustaban exuberantes, extravertidas y risueñas. Nicola, en cambio, se fijaba en las más discretas y hogareñas.

Cuando por fin habían olvidado que eran gemelos y habían logrado que las mujeres del pueblo los dejaran en paz, los movilizaron. Recibieron la convocatoria del ejército el mismo día, el 1 de febrero de 1915, de manos del mismo cartero. Los enviaron al mismo cuartel, los raparon a ambos al cero y, cuando los vistieron con el mismo uniforme, volvían a ser tan parecidos que era imposible distinguirlos.

A partir de ese día hicieron juntos la instrucción. Los pusieron a dormir en la misma litera, uno encima del otro. Seis meses después viajaron juntos hacia el norte, los mandaron a la misma compañía y también estaban juntos cuando recibieron la noticia de que partían hacia el frente y de que debían estar preparados para entrar inmediatamente en combate.

Acababan de cumplir diecinueve años y volvían a ser como dos gotas de agua, pero ya no les molestaba ni hacían nada por evitarlo. Por el contrario, se convirtieron en inseparables: dormían codo con codo, se atrinchaban juntos en la zanja embarrada y juntos avanzaban cuando asaltaban las posiciones austríacas. Nadie en la compañía era capaz de distinguir a un hermano del otro. El capitán Di Luca les daba las órdenes como si fueran un solo hombre:

—¡Palmisano, sube por detrás de ese bosque y haz callar de una vez a aquella puta ametralladora que nos está crucificando!

Gianbattista y Nicola no preguntaban a quién iba dirigida la orden. Se arrastraban los dos fuera de la trinchera y reptaban hasta las rocas pegados como un solo hombre. Después corrían hasta el bosque de abetos y cuando media hora más tarde la ametralladora enemiga saltaba por los aires, los compañeros gritaban «¡viva Palmisano!», dando por hecho que ambos se sentirían destinatarios de la ovación.

En noviembre, los austríacos bombardearon con gas de cloro el frente donde los gemelos hacían méritos sobrados para una medalla al valor militar. Cuando se disipó la niebla asesina, en ambas trincheras había una cantidad espantosa de cadáveres. El viento había cambiado en mitad del ataque y, después de aniquilar a los italianos, había causado estragos en las filas de los propios austríacos. Los dos ejércitos tuvieron que trabajar duro para recuperar todos los cadáveres de las víctimas de aquella locura. Los hombres del capitán Di Luca hallaron a los gemelos abrazados, uno sobre el otro, con sus cuerpos tan entrelazados que no fueron capaces de separarlos. Sus caras estaban azuladas a causa del veneno y sus bocas, desencajadas por el horror, estaban llenas de una espuma espesa. Sus guerreras aún apestaban a gas.

El capitán fue resolutivo:

—Dejad todo lo que estáis haciendo y enterrad de

una vez el cadáver de Palmisano. ¡No puedo soportar este horror ni un minuto más!

Los soldados se miraron desconcertados e interrogaron al capitán con la mirada. No sabían a cuál de los dos se refería.

—¿Qué Palmisano, capitán? No los podemos separar.

—Por el amor de Dios, ¿no veis que no hace falta? Enterradlos aquí mismo, tal como los hemos encontrado. Como a un solo hombre.

Y sepultaron a Gianbattista Di Martino Palmisano y a Nicola Di Martino Palmisano, unidos como estaban, en un claro del bosque de abetos, juntos para toda la eternidad.

Cuando se supo que los gemelos habían muerto abrazados, en el pueblo quedaron muy conmocionados y celebraron una misa multitudinaria en la iglesia de la Immacolata. Todo el mundo los recordaba cuando eran pequeños, cuando aún vestían igual, y se alegraron de que, antes de morir, los dos hermanos hubieran decidido volver a ser gemelos.

Después de esa desgracia, las mujeres Palmisano guardaron luto durante todo el tiempo que duró la guerra. A los pocos días, la Nochebuena de 1915, les llegó de Libia la noticia de la muerte de Giuseppe fu Vito (6), en un destino casi exótico, lejos de los diferentes frentes de guerra y que *a priori* parecía poco peligroso. El chico era muy poca cosa y de pequeño ya cogía todas las enfermedades. En Trípoli, una infección le hizo subir la temperatura hasta los cuarenta y dos grados y, tras quince días de delirios, no pudo soportar el acceso de fiebre y murió.

El destino quiso reírse de aquellos campesinos castigados por la guerra: el comunicado con el desenlace de la fiebre mortal de Giuseppe fu Vito les llegó en el momento en que en el pueblo la temperatura descendía hasta los tres grados bajo cero. Cuando las mujeres Palmisano salieron a llorar a la calle, rompiendo el silencio de la Nochebuena, se enfrentaron a las temperaturas más bajas de todo lo que llevaban de siglo.

Martino Palmisano (7) murió el mes de marzo siguiente como consecuencia de una herida de bala en la médula, durante la quinta batalla del Isonzo, que a esas alturas de la guerra todos los del pueblo ya habían aprendido a situar en el mapa. A la mayoría les parecía un río muy bonito, pero muy pequeño, en un rincón de tierra tan alejado de Bellorotondo que dudaban de que formara parte de la península italiana.

En el otoño de 1916, y con muy pocos días de diferencia, cayeron Stefano (8), Giuseppe fu Piet (9) y Donato fu Vito (10). El primero murió destrozado por la metralla de una granada; el segundo, por las complicaciones de una gangrena en la pierna, y el tercero, a resultas de una crisis cardíaca en plena batalla. Los tres tenían novia y los tres pensaban casarse en cuanto se terminara aquel conflicto que se estaba convirtiendo en una auténtica locura y que amenazaba a las familias de media Europa. Desde que les llegó la noticia de la triple desgracia, las tres chicas corrían juntas llorando su infortunio por las calles de Bellorotondo como si acabaran de quedarse viudas. Nadie sabía decir con exactitud si la muerte de los tres primos en las faldas de las Colline dell'Heremada, el último obstáculo antes de Trieste, se había consumado en la séptima, octava o novena batalla del Isonzo, ya que los combates se sucedían a un ritmo vertiginoso y la línea del frente cambiaba de posición cada semana. Pero la coincidencia de las tres muertes en tan pocos días elevó a categoría de leyenda la desgracia que perseguía a esa pobre familia de campesinos. Y a partir de ese momento, en el pueblo ya nadie dudó que una terrible *maledizione* perseguía a los Palmisano. Y si faltaba alguna prueba, ésta les llegó dos meses más tarde, el día de Navidad de 1916. Por segundo año consecutivo, la tragedia volvió a llamar a la puerta de la familia precisamente en la noche más señalada del año: a la salida de la misa del gallo llegó al pueblo la noticia de la muerte de Giuseppe Di Giovanni (11). A finales de septiembre, el mayor de los Palmisano se había salvado

milagrosamente de una explosión en una galería excavada por los austríacos bajo las posiciones italianas en el monte Cimone, pero tres meses después había caído en una escaramuza cerca del Stelvio. A Giuseppe lo habían destinado a los Alpes, a las fuerzas de alta montaña, porque era especialista en perforar minas, una habilidad imprescindible para la extraña guerra que se estaba poniendo en marcha bajo tierra en el frente alpino; en lugar de atacarse al aire libre, en la superficie, italianos y austríacos se dedicaban a cavar túneles y a colocar explosivos bajo las posiciones enemigas. Bajo tierra, en las entrañas de la montaña, Giuseppe era el más competente de todos, pero nunca se sintió cómodo cuando le tocaba patrullar fuera de los túneles, por pasos nevados que a veces se encontraban a más de dos mil metros de altura.

Durante todo lo que quedaba de invierno, y toda la primavera de 1917, no llegó ningún otro telegrama, y la falta de noticias parecía desmentir los peores augurios. Pero, en realidad, la tregua se debía a la baja intensidad bélica que una climatología espantosa imponía en todo el continente europeo. Cuando el tiempo mejoró, la maldición volvió a hacerse presente. Para la Pascua de Pentecostés se enteraron de la muerte de Cataldo (12) en Albania, justo cuando acababa de convertirse en protectorado italiano y ya habían cesado oficialmente las hostilidades.

Y en otoño llegó el desastre de Caporetto: el frente del Isonzo se colapsó, el ejército italiano se retiró de toda la línea del frente que iba desde el Adriático hasta Val Sugana, muy cerca de Trento, y los austríacos causaron más de trescientas mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros. En un solo día, el 25 de octubre de 1917, y a muy pocos kilómetros de distancia, cayeron Vito (13), Giulio (14) y Angelo Giorgio (15), los tres a causa de impactos de fusiles disparados a quemarropa cuando a ellos ya no les quedaban municiones y sus oficiales hacía horas que habían huido en desbandada sin dar siquiera la orden de retirada. A los tres los acababan de movilizar, porque habían

cumplido dieciocho años la primavera anterior. Cuando les llegó la noticia de la triple tragedia, en Bellorotondo tuvieron el convencimiento definitivo de que ni un solo hombre de los Palmisano sobreviviría a esa guerra inmisericorde ni a la maldición familiar.

De toda la vida, en el pueblo les había parecido siempre que Domenico (16) era un buenazo, un infeliz al que todo le parecía bien. Los más crueles lo trataban de tonto y le tomaban el pelo, pero él no se quejaba porque no veía mala intención en los comentarios que le dedicaban. Los que no lo conocían se sorprendían de su sonrisa imperturbable, que le hacía parecer bobo, pero que era solamente una muestra de su felicidad inocente. En su casa, cuando era pequeño, se llevó muchos porrazos, porque se quedaba mirando a la gente y se embobaba con cualquier cosa. A causa de esa dificultad natural para concentrarse, en el colegio los profesores también lo zurraban muy a menudo, hasta que lo dieron por inútil y dejaron de intentar enderezarlo a palos.

De mayor, descubrieron que no era tan simple como parecía y que era un trabajador incansable y muy capaz, sobre todo en el campo, entre los olivos: era fuerte como un roble, nunca le venía de un rato y cuanto más trabajaba más feliz parecía. En la guerra también se hizo respetar. Se presentaba voluntario a las operaciones más peligrosas, nunca discutía las órdenes y tampoco tenía miedo. En realidad, nunca pensaba en la muerte: la especulación intelectual simplemente no le entraba en la cabeza. De modo que en el momento de combatir todos querían tenerlo bien cerca. Por las noches, en el barracón, se acordaba de su abuelo, que siempre lo llevaba a los olivares y lo trataba como si fuera el más normal de todos. Y lo echaba de menos.

—¡Me parece que hoy volveremos a estar en apuros!
—le soltó como saludo Cambrone, su compañero de lite-

ra, cuando entró en la cabaña después de su turno de guardia—. Han llamado al capitán al puesto de mando. Se conoce que los *alpenjäger* preparan otro intento de asalto para antes de que llegue el mal tiempo —sentenció, mientras se tumbaba para descansar.

Domenico ya había perdido la cuenta de las veces que habían ganado y perdido esas malditas posiciones de los *altipiani* de Asiago, en el camino de Venecia a Trento. Cuando vio que Cambrone lo miraba desde la litera con cara de espanto, no podía ni imaginarse la carnicería que se preparaba. Su compañero, en cambio, mientras hacía su guardia había visto un movimiento inusual y ya intuía que esa mañana del 4 de diciembre de 1917 el asalto de los batallones alpinos de los austríacos no sería un ataque como los otros.

—Déjame mirar un rato a tu novia —le pidió con voz trémula ante la inminencia de la batalla.

—Me la gustarás —le respondió Domenico con una carcajada nerviosa.

Había comprado esa postal de una chica desnuda en Bari, justo antes de subir al tren que debía llevarlo al frente. Después de dos años de guerra se sabía de memoria todos los rincones de aquella mujer, que compartía con media compañía. La chica posaba de cuerpo entero, completamente desnuda, con las nalgas apoyadas en un taburete de flores, al lado de una cama con colchas aterciopeladas que invitaba a sentarse en ella. Tenía el cuerpo de un ángel y estiraba el brazo izquierdo hacia atrás con elegancia, para tensar los pechos, que se mantenían erguidos, con mucha gracia.

—¡Siempre a punto de revista! —decían los chicos cuando repasaban con avidez la delantera de la muchacha.

Su pelo era ondulado, de seda negra. Tenía el largo justo para cubrirle la nuca de tirabuzones y también un gran rizo que se le ensortijaba sobre la oreja. Su cara reposaba suavemente sobre la mano derecha, que había dejado desmayada sobre su hombro, y tenía una mirada

dulce, enfocada en algún punto más allá del objetivo de la cámara. Nadie de la compañía había visto jamás a una chica tan bonita como aquella. Todos la llamaban *la novia de Palmisano*.

Cuando llegó la gran marea gris de los alpinos austríacos, las órdenes y contraórdenes se sucedieron a un ritmo acelerado, cada vez más contradictorias. Pronto se hizo evidente que la defensa de la posición resultaría un desastre y los italianos iniciaron una desbandada en toda regla que favoreció la victoria abrumadora de los atacantes y una mortandad extraordinaria entre los fugitivos. Domenico defendió la posición durante horas, acompañado de Cambrone y de Campana. Los tres compañeros de barracón se habían convertido en inseparables y combatían siempre en primera línea. Sólo cuando se percataron de que estaban a punto de ser rodeados, retrocedieron para descubrir, con estupor, que hacía rato que los oficiales habían abandonado los puestos de mando.

En el valle localizaron los restos del batallón, que había huido horas antes en desbandada. Campana y Cambrone se integraron en lo que quedaba de su compañía, pero Domenico pasó de largo y siguió caminando. Tras dos años de feroces combates en primera línea, ya tenía más que suficiente. Y decidió volver a casa.

En las carreteras, el descontrol era tal que nadie se molestó en pedirle los papeles. Tampoco le reclamaron los billetes, ni le exigieron que se identificara en ninguno de los trayectos que hizo en tren. Pero ocho días después, cuando llegó a Bellorotondo, la policía militar lo estaba esperando para detenerlo por desertor.

A la mañana siguiente, cuando se lo llevaban al cuartel de Bari, vio a su abuelo por primera vez, de pie al otro lado de la avenida.

—*Nonno, nonno!* —lo llamó, incapaz de entender por qué el abuelo no se le acercaba y por qué los guardias tampoco se lo permitían a él. El muchacho estaba fuera de sí y no dejaba de gritar. El viejo Palmisano no pudo

soportarlo y huyó, desesperado por no poder abrazarlo ni hacerle entender lo que estaba sucediendo. Cuando Domenico se dio cuenta de que su abuelo se marchaba, lanzó un grito que desgarró el aire transparente de aquella gélida mañana de invierno—. *Nonno!*

El soldado que lo custodiaba le hundió la culata en el estómago y lo dejó inconsciente. Sólo así se restableció el silencio y pudieron subirlo al coche.

Al día siguiente volvió a ver a su abuelo en la sala del tribunal militar de Bari que lo juzgaba. No entendía por qué no le hablaba, pero supuso que si estaba allí era porque aún lo quería, y volvió a abrir los labios con una sonrisa imperturbable, que no se alteró ni cuando el juez militar le comunicó la condena a muerte.

—No llores, *nonno*. La guerra terminará pronto —le gritó cuando lo subían al tren que debía devolverlo al norte para ponerlo bajo la custodia de los mandos de su compañía. El abuelo lo observaba desde el otro lado del andén. A Domenico le pareció que había encogido.

El viaje de vuelta hacia el *altopiano* fue mucho más rápido que el trayecto de ida hasta Bellorotondo. Dos días después de salir de Bari llegó a Vicenza y al siguiente lo subieron a Asiago y, de allí, a Col del Rosso, donde habían destinado lo que quedaba de las compañías aniquiladas en el desastre del 4 de diciembre. Un capitán que acababa de incorporarse formó inmediatamente el pelotón de fusilamiento con los pocos supervivientes de la compañía de Domenico, entre ellos Campana y Cambrone.

Cuando el capitán ordenó «¡fuego!», los miembros del pelotón de ejecución se toparon con la sonrisa inocente de Palmisano, que todavía no comprendía lo que pasaba, y fueron incapaces de ajusticiarlo. Dispararon al aire.

—¡Fuego! —gritó de nuevo el capitán, de manera airada.

Y volvieron a errar los disparos, voluntariamente.

El oficial amenazó a los integrantes del pelotón con una pistola, pero los soldados se enfrentaron a él.

—¡Por el amor de Dios, capitán...! —protestó Campana—. Domenico nos ha salvado la vida un montón de veces. No hace ni un mes que se cargó él solo dos ametralladoras que nos tenían inmovilizados en Valbella...

—¡Disparad, coño! ¡Disparad! Yo cumplo órdenes. ¡Si no disparáis inmediatamente os abriré un consejo de guerra!

Se echaron a llorar y empezaron a disparar a la vez, y cuando Domenico se desplomó, todavía pudieron oír cómo se despedía:

—Estoy cansado, *nonno*. Llévame a casa.

Mientras se retorcía en el suelo, sufrió una última convulsión salvaje, que puso la piel de gallina a todos los que miraban. Luego estiró las piernas y dejó de agitarse. Sus compañeros lo rodearon y agacharon la cabeza para despedirlo con respeto. Cambrone fue el primero en romper el silencio:

—¡Hijo de puta! —gritó, mirando al capitán de hito en hito. Parecía que se había vuelto loco y empezó a disparar con rabia contra el cuerpo inerte de Domenico. Y mientras disparaba pensaba en todos aquellos mandos indignos que los habían conducido de derrota en derrota por los altiplanos y que ahora los obligaban a ajusticiar al mejor de sus compañeros, que no estaba en sus cabales y que había muerto sin comprender nada de lo que sucedía.

Cuando las circunstancias de la muerte del buenazo de Domenico Palmisano llegaron al pueblo, el abuelo se colgó de un olivo. La noticia conmocionó Bellorotondo y estuvo a punto de provocar un levantamiento popular.

Giuseppe fu Francesco Paolo (17) se había convencido de que ya no le podía pasar nada, y se pasó la noche explicándole su teoría al compañero de guardia con el que compartía el nido de águilas desde el que debían controlar el paso alpino. La luna llena de enero iluminaba una noche despejada y la nieve de las últimas semanas espar-

cía su luz por todas las cumbres. El espectáculo le habría parecido magnífico si no hubiese estado paralizado por un frío espantoso que el viento del norte multiplicaba hasta el infinito. Nunca se habría imaginado que el frío pudiera doler tanto.

—Si existe la justicia divina, ya no me puede ocurrir nada malo —le empezó a contar muy convencido—. ¡Al principio de la guerra éramos veintiún Palmisanos y ya sólo quedamos nueve! Estamos cubiertos por la desgracia de los otros doce.

A Giuseppe fu Francesco Paolo le habían ocultado el fusilamiento de Domenico y tampoco le habían dicho nada de los otros tres primos caídos en Caporetto, de modo que aún no sabía que ya sólo quedaban cinco supervivientes; para él, el último muerto de la familia era Cataldo. Su compañero de vigilia no contestó. Cuando habían subido hasta la posición ya lo había notado muy callado, de modo que Giuseppe fu Francesco Paolo convirtió la conversación en un monólogo que no interrumpió en toda la noche. No se le ocurría mejor manera de combatir el frío y el sueño.

Cuando despuntaba el alba, le dijo:

—Podemos estar tranquilos. Hoy no volverán.

Se acercó al compañero de guardia, que no respondía. Cuando le puso la mano en el hombro y lo sacudió para despertarlo, el cuerpo se le escurrió entre las manos y cayó tendido en el suelo de la trinchera; fue entonces cuando advirtió la herida reseca de la bala que le había atravesado el cuello. Sólo podía deberse al ataque que habían repelido la tarde anterior: acababa de descubrir que había estado hablando con un muerto toda la noche.

Ni siquiera sabía su nombre. Le cerró los ojos, se persignó y se quedó observándolo en actitud de recogimiento, como hacían los oficiales en las ceremonias fúnebres. Después cogió el fusil, se colgó la mochila a la espalda y empezó a bajar por la montaña, porque a esa hora ya de-

berían haberlos relevado. Cuando llegó al campamento, no había nadie. Los suyos habían huido precipitadamente y ni siquiera se lo habían hecho saber. Continuó caminando solo, buscando referencias entre picos que le resultaban totalmente desconocidos. En Bellorotondo, cada cerro, cada hondonada y cada bancal tenían un nombre familiar, pero allí se encontraba perdido. Desde que lo habían destinado al frente alpino, corría de una montaña a otra, pero nunca llegó a conocer sus nombres. De repente oyó un grito:

—*Alt!*

Una patrulla austríaca acababa de capturarlo.

Al cabo de una semana, Giuseppe fu Francesco Paolo llegó a un campo de prisioneros, al este del pequeño pueblo austríaco de Mauthausen, y descubrió con horror que los cautivos italianos agonizaban por millares en medio de grandes lamentos. Los vigilantes racionaban la comida y sólo les daban a los prisioneros lo que les mandaban desde sus países a través de la Cruz Roja. El alto mando italiano consideraba cobardes o traidores a los que se habían dejado capturar y había prohibido que les enviaran alimentos.

En el campo encontró a su primo Michele (18), que agonizaba víctima de la gripe española. Era uno de los más de cien mil italianos que habían caído prisioneros en el desastre de Caporetto. Giuseppe fu Francesco Paolo sólo tuvo tiempo de abrazarlo y de cerrarle los ojos. Ocho días más tarde, él mismo murió de hambre, sin entender por qué los suyos lo habían abandonado.

Angelantonio (19), que solamente tenía hermanas, era el más melancólico de todos. Y también era el que había ido a parar más lejos de casa, a la Champaña francesa. En el frente del Marne sentía tanta añoranza que empezó a perder el juicio. A los soldados italianos del segundo cuerpo de ejército del general Albricci se les hacía difícil

entender qué narices pintaban ellos en aquel frente francés. Nadie les había explicado que, después del desastre de Caporetto, el Mando Supremo italiano había pedido ayuda a los aliados: cinco divisiones francesas e inglesas se habían desplazado para socorrer a Italia y, en contrapartida, para simbolizar la reciprocidad de la alianza, cerca de cuarenta mil italianos fueron enviados a la Champaña y al Chemin des Dames.

Y así fue como Angelantonio se encontró metido en una trinchera infernal del bosque de Vrigny, junto a Reims, rodeado de viñas esplendorosas, con el encargo de defender hasta la muerte la cota 240, bombardeada a todas horas por los obuses de la artillería alemana. Desde la trinchera embarrada por culpa de un clima espantoso, Angelantonio veía las columnas de civiles que evacuaban la capital de la Champaña, huyendo del derrumbe de las cavas en las que se refugiaban de los bombardeos alemanes desde el inicio de la guerra. También vio a sus compañeros de trinchera caer uno a uno, aplastados por las bombas o envenenados por los gases que la máscara que suministraba el ejército italiano —apenas una gasa empapada de una solución de carbonato de sodio— no evitaba.

Muy pronto empezó a mostrar un comportamiento extraño y alrededor del día de Corpus de 1918 enloqueció definitivamente. Una noche en que estaba de guardia, y en que todos procuraban dormir aprovechando la tregua de la artillería de los dos ejércitos, confundió las ratas que corrían entre la alambrada de púas con un destacamento enemigo que los atacaba y corrió a despertar a gritos a la compañía. Desconcertados por la alarma, los italianos y los franceses, que compartían trinchera, empezaron a disparar contra las líneas enemigas, que al cabo de un rato comenzaron a contraatacar sin acabar de entender lo que sucedía. Después de una hora de un intercambio de disparos más histérico que eficaz, el capitán ordenó el alto el fuego.

—Volveos a dormir. No veo ningún movimiento, no parece que preparen ningún asalto.

Al día siguiente, Angelantonio confundió un búho con las señales secretas de otro ataque sorpresa y volvió a despertar a la compañía. Media hora después de un tiroteo feroz, que no causó víctimas pero que atacó los nervios de los soldados de ambos bandos, el capitán italiano tomó la iniciativa y volvió a ordenar el alto el fuego. La calma se impuso en el bosque de Vrigny, pero esa noche la mayoría no pegaron ojo.

La tercera noche, antes de acurrucarse bajo la manta, el capitán Monfalcone, un estudiante de filosofía de Lucca que tampoco sabía cómo había terminado en la Champaña, mandó llamar a Angelantonio.

—Mire, Palmisano, si le parece que nos atacan, me avisa. Pero si no quiere que lo haga fusilar aquí mismo, no vuelva a despertar a toda la compañía.

El capitán todavía no había cerrado los ojos cuando oyó un grito:

—*Per l'Italia!*

Se levantó de un salto y vio a Angelantonio corriendo solo hacia las posiciones enemigas. Ya que no podía despertar a los demás, cuando creyó que los atacaban había decidido iniciar un contraataque por su cuenta. Los centinelas alemanes dieron la alerta y, cuando los soldados vieron a un único hombre que se acercaba disparando, apuntaron sus armas, concentraron toda su rabia contra aquel chalado que no les dejaba dormir y lo cosieron a tiros. Angelantonio se agitó como si bailara una danza macabra y cuando los alemanes dejaron de disparar cayó a plomo. A continuación se hizo un silencio expectante en las dos trincheras. Unos y otros se preguntaban qué rumbo podía tomar ese suceso tan estrambótico.

—¡Gracias! —gritó el capitán Monfalcone en un ataque de sinceridad, dirigiendo su voz hacia la trinchera alemana.

Al momento se dio cuenta de que no debería haber

hablado, pero era tarde para arrepentimientos y ordenó a sus hombres que volvieran a sus catres.

—Mañana intentaremos recuperar el cuerpo de ese pobre desgraciado. Ahora intentemos dormir un rato.

La compañía de Ignazio (20) —que era el más joven de los Palmisano y no había cumplido ni dieciocho años— durmió la noche del 29 de junio de 1918 en un claro del bosque al pie del Col del Rosso, sobre el mismo pedazo de tierra donde seis meses antes habían fusilado al pobre Domenico. Al alba, ajeno a la proximidad de los restos de su primo, cumplió un papel decisivo en la reconquista del más simbólico de los Tre Monti. Ignazio murió como un héroe, de una bala perdida, en el preciso momento en que llegaba a la cima y los austríacos se disponían a rendir la posición.

El último Palmisano

Vito Oronzo Palmisano, el último Palmisano, había sobrevivido una a una a las once batallas del Isonzo y había combatido heroicamente sin recibir ni una sola herida durante los tres años y medio que ya duraba la guerra. Parecía predestinado a ser el único superviviente de la familia. Era un enemigo declarado de la participación italiana en un conflicto que no concernía en absoluto a los campesinos de la Apulia, pero no había hecho nada para evitar la movilización. Tenía un sentido muy elevado del deber, de modo que siempre combatió con mucha valentía, pero no cayó nunca en la temeridad ni se dejó llevar por los excesos de entusiasmo. De hecho, era el más prudente de la familia y, también, aquél al que la guerra le inspiraba más respeto.

En el frente vivía al día y se tomaba las acciones de combate con una gran concentración y con un instinto de supervivencia extraordinario. Siempre actuaba según la máxima de que en el campo de batalla no debe arriesgarse más de la cuenta, pero todavía es más peligroso dudar o dejarse llevar por el miedo. No es que no le afectaran el dolor y la miseria de la guerra; en realidad, en las trincheras sentía intensamente la lejanía, el hambre y el pánico a los bombardeos químicos. Y, sobre todo, echaba de menos a Donata, que era su mujer sólo a medias, porque para jurarse fidelidad eterna se habían casado a toda prisa, la misma mañana que él se fue a la guerra, y el

matrimonio no se había consumado todavía. Desde hacía más de tres años, los soldados de la 164 Compañía eran toda su familia.

Durante los últimos meses había compartido trinchera con un muchacho del pueblo, Antonio Convertini, y se habían hecho inseparables. El destino los había reunido primero en el mismo batallón y, finalmente, justo después de los cambios impulsados por la derrota de Caporetto, en la misma compañía. Sus esposas, Donata y Francesca, eran primas hermanas, ambas de Matera, a dos días de camino de Bellorotondo, y amigas inseparables desde pequeñas. Los dos recibieron el mismo día la notificación de que les habían concedido un permiso, el primero desde el inicio de la guerra, gracias a la iniciativa del nuevo jefe del Estado Mayor, el general Armando Diaz, que con esta nueva política buscaba la manera de elevar el ánimo de una tropa desmoralizada.

El día que se marchaban a casa, los soldados de los batallones acampados en el Piave habían recibido los rumores de una ofensiva inminente y habían recobrado el optimismo.

—Vosotros os lo perdéis —bromeaban sus compañeros al despedirlos con envidia—. Cuando volváis, ya habremos ganado la guerra. Los austríacos se habrán rendido o habrán echado a correr y nos tendréis que ir a buscar más allá de Ljubljana.

Efectivamente, todo indicaba que la guerra se acercaba a su fin y, cuando el 17 de octubre de 1918 Vito Oronzo Palmisano llegó a Bellorotondo en compañía de Antonio Convertini, parecía que había burlado definitivamente a la muerte y se había salvado de la maldición familiar. En aquella estúpida guerra habían muerto sus dos hermanos, Stefano y Domenico, y sus dieciocho primos; Vito Oronzo era el último hombre de la familia.

La llegada al pueblo lo desconcertó. No fue, ni con mucho, como se lo había imaginado en el frente. Las familias estaban de luto. Daba pena ver las viñas y los oli-

vos abandonados. Y no parecía que los viejos admiraran los sacrificios de los soldados en los campos de batalla; sólo esperaban a que el conflicto se acabara de una vez por todas. También comprobó con rabia que los hijos de los más ricos del pueblo habían evitado la movilización y mantenían sus viñas a pleno rendimiento. Todo ello abonaba el rumor que corría por las trincheras: los poderosos pagaban y se libraban del frente. Antonio Salandra, el primer ministro que había defendido con mayor entusiasmo la entrada de Italia en la guerra, era el ejemplo más deshonoroso de todos: había medrado de forma ignominiosa hasta conseguir que ninguno de sus tres hijos se acercara al campo de batalla.

Vito Oronzo no quería darle más vueltas ni hacerse mala sangre, de forma que apartó del cerebro esa impresión inquietante y se entregó en cuerpo y alma a saborear la semana de permiso con la que soñaba desde hacía tres años. La luz del otoño de la Apulia era magnífica y la compañía de Donata, estimulante. No quería desaprovecharlas.

Los días siguientes subieron cada mañana al olivar por el sendero de las viñas. Donata se sentía orgullosa porque sus vides de uva *verdeca* eran de las pocas en todo el valle que se habían vendimiado: ella y las mujeres de la familia habían trabajado de sol a sol para compensar la falta de brazos y, contra el pronóstico de todo el pueblo, habían conseguido una cosecha magnífica. Arriba, en el olivar más grande, se encontraban con las mujeres y con los abuelos del vecindario, que iban a ayudarlos, y se organizaban en cuadrillas para acabar de vendimiar la uva primitivo que tenían plantada entre los olivos y que era la más tardía. Vito Oronzo y Donata iban siempre a la vanguardia del primer grupo, con Antonio Convertini y Francesca, que también se acercaban a echarles una mano. Concetta, la viuda de su hermano Stefano, guiaba la otra cuadrilla. En sólo ocho días, los que duró el permiso, recogieron toda la uva que se extendía a los pies de

las hileras de olivos *rossa*; las *nuzarol*, como las llamaban los labriegos.

Cuando oscurecía, volvían a la *masseria* por la parte de atrás, atravesando otra zona de olivos cargados de aceitunas *oliastra*, que parecían casi maduras. Vito Oronzo las miraba de reojo y advertía a Donata con preocupación:

—A primeros de mes tendréis que espabilar para recoger también las olivas; estas gnastre ya estarán a punto.

Por la noche, recuperaban el tiempo perdido durante esos tres años de separación forzosa por la guerra: se encerraban en casa y se comían a besos.

El tiempo se les escapó en un suspiro. El 24 de octubre, Vito Oronzo y Antonio tenían que tomar un tren hacia Bari, para volver al norte, en busca de su compañía, que en los últimos días se había desplazado con todo el batallón hacia las cercanías de Vittorio Veneto. La ofensiva italiana había comenzado.

El día de la partida, al amanecer, Vito Oronzo y Donata se despedían en la cocina; ella le arreglaba la guerrera, pero cada botón que abrochaba volvía a desabrocharlo inmediatamente.

—¿Tú crees que te necesitan para ganar esta maldita guerra? ¿Seguro que no puedes quedarte unos días más?

—Cuando te quieras dar cuenta la guerra habrá terminado y volveré a estar aquí contigo para darte mordiscos.

Vito Oronzo empezó a besarla en el cuello. Luego le mordió los labios y le buscó la lengua. Le deshizo la coleta y su cabellera cayó sobre sus senos, que también besó, mientras terminaba de desabrocharle la blusa. Cuando le hubo levantado la falda, Donata se dejó tumbar sobre la mesa de la cocina y él recorrió su cuerpo con pequeños mordiscos. Luego se dejaron llevar y se amaron con locura.

Cuando se levantaban de la mesa, él la besó por última vez en los labios, y cuando los dos salieron para la estación todavía se abrochaban la blusa y la camisa. Llegaron acalorados a la puerta en el mismo momento que

Antonio y Francesca, que bajaban del pueblo corriendo. Ellos también se habían entretenido en la cocina de casa, en la Piazza Santa Anna, en el centro de Bellorotondo. La noche anterior habían cenado en el *palazzo* de los Convertini y no habían podido librarse de la familia hasta la madrugada. Cuando volvieron por fin a casa, ya no pudieron dormir.

—¡Has aprovechado el tiempo! —se dijeron a la vez cuando se acomodaron en el vagón y se dieron cuenta de que llegaban igual de sofocados. Ambos soltaron una carcajada, mientras se asomaban por la ventana al exterior del compartimento para besar a sus mujeres por última vez.

—Tengo el presentimiento de que antes de Navidad estaremos de vuelta —le gritó Vito Oronzo a su mujer, muy convencido, cuando arrancaba el tren que les llevaba a la capital.

Donata y Francesca los vieron marcharse, riéndose como locos, mientras se despedían asomados a la ventana. Ellas se quedaron de pie en el andén, cogidas de la mano, intentando retener la risa de los hombres, que se iban empequeñeciendo con las vías. Entonces el tren tomó una curva, los vieron agitar sus manos por última vez y los perdieron de vista.

El 3 de noviembre, los austríacos firmaron el armisticio. La noticia más esperada de todas llegó a Bellorotondo a última hora de la tarde. Había sido un domingo soleado, muy templado para la estación, y la gente se echó a la calle a celebrar la buena nueva. Al día siguiente, el municipio decretó tres días de fiesta y las celebraciones desbordaron todas las previsiones oficiales. Muchas familias se debatían entre el dolor por los caídos en las trincheras y la alegría por el final de las hostilidades, pero pronto se decantaron por olvidarse del luto. Los muertos quedaban atrás, enterrados en tierras brumosas

del norte. Había llegado la hora de celebrar la paz y la plaza del mirador se llenó cada tarde con los campesinos que subían del valle, ansiosos por bailar al ritmo de la orquestina y festejar como Dios manda el regreso de los supervivientes.

Donata y Francesca también habían salido a celebrar el final de la guerra, pero no bailaban: iban de un lado al otro, intentando averiguar cuándo volvían los hombres del frente.

—Roma no tiene dinero para alimentar a los soldados; ¡no tardarán ni un par de semanas en mandarlos a casa! —les aseguró el cura, que se jactaba de estar siempre bien informado.

Ese domingo, Donata se durmió de madrugada, con la cabeza enterrada entre los brazos sobre la mesa de la cocina. Soñaba que Vito Oronzo le besaba el cuello y le desabrochaba la blusa, hasta que la despertaron los golpes de un desconocido que llamaba a la puerta. Cuando abrió, el oficial del municipio no se atrevió a mirarla; le dejó un comunicado oficial en las manos y se fue muy deprisa, balbuceando algo en voz baja. Donata leyó:

«Se ruega al señor alcalde del municipio de Bellorotondo, distrito de Bari, que haga saber a los familiares del soldado Vito Oronzo Palmisano, hijo de Giorgio y de Brunetta, con número de matrícula 18.309, de la Compañía 164, Regimiento de Infantería 94, de la quinta de 1892, que éste ha dejado el mundo de los vivos el día 4 de noviembre de 1918...».

Donata no terminaba de entender qué era lo que le estaban comunicando. Buscó el encabezado de la carta, que antes se había saltado por las prisas para ver si le notificaban la vuelta de su marido a casa. En la parte superior del impreso oficial, en grandes letras de imprenta, decía: «94° *Reggimento Fanteria. Consiglio di Amministrazione. AVVISO DI MORTE*».

El mundo pareció detenerse. Notó que las piernas se le doblaban y cayó desmayada sobre los escalones de la

entrada. En ese mismo momento, el oficial municipal se dirigía con paso apresurado hacia la Piazza Santa Anna con un certificado idéntico para Francesca: era el comunicado de la muerte de Antonio Convertini. De manera incomprensible, los dos amigos habían caído el 4 de noviembre al mediodía, justo cuando toda la tropa estaba pendiente del alto el fuego firmado la víspera, que debía entrar en vigor ese mismo día a las dos de la tarde.

La notificación oficial de unas muertes fuera de toda lógica llegó a Bellorotondo con tres días de retraso, cuando ya desmontaban las tarimas de la orquestina que había amenizado la fiesta para celebrar el armisticio. Los nueve mil habitantes del pueblo habían decidido pasar página y también se olvidaron de llorar el infortunio de aquellos dos desgraciados. Donata cargó completamente sola con la muerte del último Palmisano, la que sentenciaba el cumplimiento de la maldición familiar, y se refugió en casa de Francesca, la única con la que podía compartir su dolor.

Desde ese día pasaban el tiempo juntas y se hacían compañía, pero seguían resistiéndose a creer que sus esposos no volverían. Si la guerra se había terminado, ¿cómo podían haber muerto? En diciembre volvió del frente Giuseppe Vicino, *el Flaco*, un trabajador de los Convertini que durante los últimos meses de la contienda había estado destinado en la compañía de Vito Oronzo y de Antonio. El Flaco tenía el encargo del capitán de la compañía de entregar los efectos personales de los fallecidos a las viudas y les relató las últimas horas de los hombres y cómo se habían convertido en las dos últimas víctimas de la guerra.

—El 26 de octubre, cuando Vito Oronzo y Antonio volvieron del permiso, acabábamos de iniciar la última ofensiva. Nos habíamos puesto en marcha porque los americanos y los ingleses presionaban a nuestros mandos: «Las últimas semanas habéis aguantado bien los embates de los austrohúngaros; ya es hora de que hagáis

algo más», les habían dicho. Los generales italianos se sintieron ofendidos y ordenaron el ataque. Sorprendentemente, descubrimos que el enemigo era de mantequilla y penetramos a placer en sus líneas de defensa a las puertas de Vittorio Veneto. Unos días más tarde ya habíamos liberado Trento y los austríacos casi no disparaban. A duras penas si podían huir...

Donata y Francesca escuchaban con los ojos anegados en lágrimas. Llevaban las carteras de sus maridos en las manos, y las agarraban con fuerza, como un tesoro; allí habían encontrado sus propias fotos y las últimas cartas que ellas mismas les habían escrito. Se concentraban en las palabras del Flaco, alimentando la esperanza irracional de que tuvieran un final feliz: como si el relato tuviese el poder de desmentir la realidad y de resucitar a sus hombres.

—... el 4 de noviembre habíamos decidido proseguir con el avance para que el armisticio nos cogiera con la mayor parte del territorio bajo control italiano. Caminábamos, pero hacía rato que nadie disparaba; a un lado y al otro del frente sólo estábamos pendientes de la hora, porque a las dos de la tarde entraba oficialmente en vigor el alto el fuego. Hacia las diez, un disparo a traición impactó a Antonio en la pierna. Antes de caer al suelo, un segundo tiro lo alcanzó en el pecho. Nos pusimos todos a cubierto, pero él se quedó expuesto a los balazos del francotirador, que disparaba oculto en alguna casa. Vito Oronzo no se lo pensó: no se separaban desde que habían vuelto de permiso y salió a recogerlo. El francotirador le disparó y no lo abatió de milagro. Volver a correr al descubierto era un suicidio y tuvieron que quedarse más de dos horas protegidos detrás de unos escombros. Durante ese tiempo intentamos limpiar las casas de francotiradores, pero un grupo de austríacos rezagados nos lo impedían. Antonio se desangraba y Vito decidió moverse.

—Tengo que sacarlo de aquí. Necesita un médico con urgencia... —gritó desde su refugio.